

Resistencia de los negros en el virreinato de México (siglos XVI-XVII)

JEAN-PIERRE TARDIEU (2017).

Madrid y Frankfurt: Iberoamericana – Vervuert, 297 páginas.



Lucas Rebagliati

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) - Instituto de Historia de Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani” / Universidad de Buenos Aires (UBA) /

Universidad Nacional de Avellaneda (UNDAV), Argentina

lucasrebagliati@hotmail.com

Entre los estudiosos de la diáspora africana hacia América, pocos pueden exhibir una trayectoria académica tan extensa y prolífica como Jean-Pierre Tardieu. Esto se evidencia desde fines de la década del setenta –época en la que defendió su tesis doctoral acerca de las concepciones sobre el negro existentes en la literatura española de los siglos XVI y XVII– hasta la actualidad con más de veinte libros y cerca de un centenar de artículos publicados sobre la temática. Objeto de sus indagaciones han sido la trata negrera, el rol de los esclavos durante la conquista, sus relaciones con otros grupos sociales y étnicos, la postura de la iglesia y los pensadores en torno a su condición, el cimarronaje, las rebeliones y alzamientos, su inserción económica y social, sus pautas matrimoniales, las reglamentaciones jurídicas, entre tantas otras temáticas. Como vemos, temas muy diversos, pero atravesados por un eje en común: las experiencias que millones de africanos esclavizados vivenciaron en distintas regiones de Hispanoamérica durante el período colonial. Si hay algo que da más mérito aún a sus investigaciones es el amplio marco geográfico que abarcan. Los esclavos de zonas tan dispares como Cuba, Panamá, la Real Audiencia de Quito, el virreinato del Perú, Venezuela, Santo Domingo y hasta el Río de la Plata –fundamentalmente Paraguay y Montevideo– han estado en la mira del autor.

La presente investigación posa su mirada en un espacio geográfico en el cual hasta hace poco tiempo no abundaban los estudios sobre africanos y afrodescendientes, el virreinato de Nueva España. Las razones de este fenómeno radican en que la inmigración forzada de millones de africanos se concentró en otras zonas donde era predominante la economía de plantación, como Brasil, el caribe o las colonias inglesas de Norteamérica. Si a ello le sumamos que en términos porcentuales la población africana fue siempre minoría en las tierras hispanas situadas en América del Norte es comprensible que, salvo recientes excepciones, los esclavos de esta zona no hayan concitado mucha

atención. Sin embargo, en la época inicial temprana –siglos XVI y XVII–, ante el repentino derrumbe demográfico de la población indígena, los españoles empezaron a importar masivamente esclavos para trabajar en minas, haciendas, obrajes y todo tipo de labores urbanos. Tanto México como Perú fueron los destinos prioritarios de estos inmigrantes forzados al punto que, a mediados del siglo XVII, en el virreinato de Nueva España, los esclavos se contaban por decenas de miles (Klein, 1986). ¿Cómo resistían dichos africanos al sistema esclavista imperante? Dicha pregunta es la que se propone responder el autor en *Resistencia de los negros en el virreinato de México (siglos XVI-XVII)*.

El libro se estructura en tres partes tituladas “Alienaciones”, “Rechazos” y “Conjuraciones”, cada una de ellas precedida de una introducción y con un par de capítulos en su interior. Al final de cada uno de ellos hay un anexo documental en el cual el autor transcribe algunos documentos relevantes de su investigación. Así, son puestos a disposición del lector figuras iconográficas, mapas, testimonios y memorias, contratos de asientos negreros, tratados de paz con los cimarrones, cuadros y tablas, certificados, comisiones, ordenanzas, etc.

En la primera parte, el autor va a retratar el rol que los africanos tuvieron en las expediciones protagonizadas por los españoles, valiéndose fundamentalmente de crónicas de conquistadores y relaciones de viaje. Puntualmente se va a centrar en las historias de Juan Garrido y Estebanico. Los esclavos africanos participaron de la conquista como gente de servicio, compañeros de armas y transmisores involuntarios de enfermedades entre los indígenas. Juan Garrido fue un esclavo adquirido por Hernán Cortés que pasó a la posteridad como quien primero sembró trigo en América. Después de participar de varias expediciones junto a su amo –como la toma de Tenochtitlán o los combates contra los indios caribes de las Antillas–, adquirió su libertad y ejerció en la ciudad de México ciertos oficios como el de portero y pregonero. El ayuntamiento le había otorgado

un solar, pero disgustado porque no le pagaban sus salarios emigró a otra zona para trabajar de minero. En la última etapa de su vida, acechado por deudas, dirigió una probanza al Consejo de Indias en 1538 para obtener un premio por sus servicios prestados a la Corona aunque sin éxito. El segundo capítulo de esta primera parte va a retratar el curioso itinerario de Estebanico, esclavo que participó de la expedición de Pánfilo de Narváez al norte de Nueva España, territorio de La Florida. De hecho, fue uno de los cuatro sobrevivientes de esta misión, efectuando luego un recorrido de diez años durante los cuales fue cautivo de los indígenas, curandero, peregrino y mediador entre españoles y nativos, hasta lograr retornar a la capital del Virreinato para ser reconocido por las autoridades. Enviado por el Virrey en calidad de guía de una misión de conquista pacífica liderada por un franciscano, el rastro de Estebanico se pierde en este punto. Según el autor, algunos testimonios aseveran que murió masacrado junto con sus compañeros, mientras otros afirman que logró escapar de la hostil bienvenida propinada al grupo expedicionario.

La segunda parte se abre con un capítulo que trata sobre un motín que trescientos negros bozales protagonizaron en La Rinconada en 1669. Allí se relata que los rebeldes aprovecharon un descuido de sus captores cuando estaban siendo trasladados a Puebla. Mediante el análisis de un expediente judicial en el cual sólo está consignada la “visión de los vencedores”, Tardieu reconstruye los pormenores de este suceso. Primero, explica la naturaleza de los asientos encargados de proveer de mano de obra africana a través del puerto de Veracruz y, luego, diferencia el hecho de otros movimientos de protesta, como los levantamientos de esclavos urbanos o los saqueos realizados por cimarrones. Concluye que el motín no generó una situación anárquica, sino que los sublevados bien pronto se dieron una organización piramidal nombrando a uno de los suyos como rey, a partir de lo cual el autor infiere que el sujeto en cuestión se trataría de alguien proveniente de un linaje destacado y familiarizado con las costumbres europeas por influencia portuguesa. Cuando los rebeldes –cuyo único anhelo era regresar al África– finalmente fueron atrapados, el Consejo de Indias tomó cartas en el asunto.

El capítulo 4 analiza el fenómeno del cimarronaje que azotaba a los caminos que conectaban a Veracruz y Acapulco con otras ciudades. Mediante el estudio de actas capitulares, correspondencia al Consejo de Indias, informes al Virrey y normativa legal, el autor argumenta que el tema estuvo entre las principales preocupaciones de las elites y las autoridades. La incesante demanda de mano de obra forzada llevó a multiplicar en pocos años la población esclava, a

pesar de las voces que se alzaron en contra del tráfico negrero. Impedida de acabar con la trata, la Corona y sus agentes locales conjugaron medidas represivas y de vigilancia, pero también estrategias de negociación con los esclavos huidos que asolaban las caravanas de comerciantes y los pueblos. De todos modos, ante la imposibilidad de destinar ingentes recursos a la persecución de los cimarrones, las autoridades delegaron esta tarea en expediciones privadas encargadas de dar caza a los esclavos fugitivos y devolverlos a sus dueños a cambio de un pago determinado.

El capítulo siguiente explora la organización de un renombrado palenque desde adentro, analizando su organización política, las actividades económicas, la estratificación social y las conflictivas relaciones con la sociedad blanca.¹ El reino de Yanga –“negro de razón”, según las crónicas de la época– fue una comunidad de esclavos huidos que logró organizarse en forma autónoma durante tres décadas, al margen del dominio español y rechazando con éxito expediciones militares enviados por los virreyes. Sin rechazar la religión dominante, se practicaba allí la ganadería, la agricultura y ciertas artesanías. El rey negro compartía su poder con una especie de senado y con un capitán general, mientras el pueblo se dividía en trabajadores y soldados. El fin de esta experiencia estuvo determinado por el triunfo de una expedición represiva que forzó a Yanga a una negociación con las autoridades. Esto derivó en una firma de un armisticio y la relocalización de la comunidad con el compromiso de que no acogiera más esclavos fugitivos ni realizara acciones de bandillaje en los caminos. La libertad, tan ansiada por los miembros de la comunidad, fue alcanzada legalmente a cambio de jurar fidelidad a “Dios y al Rey”, aceptando el pago de tributo a la Corona y la designación de algunas autoridades españolas al interior del pueblo. Sin embargo, dicha solución, estaría lejos de poner fin a la resistencia de los negros libres a algunas cláusulas del pacto, con la consiguiente reacción represiva por parte de la población blanca. Tardieu culmina el capítulo aseverando que estamos en presencia de un “esbozo de nación” ya que el palenque-estado yanguico logró crear un sentido de pertenencia entre sus integrantes acudiendo al pasado y proyectando un futuro común.

Como dijimos, una de las condiciones impuestas por las autoridades al firmar una tregua con los cimarrones del reino de Yanga fue la de relocalizar el asentamiento. Precisamente, el capítulo 6 relata los pormenores

1 También llamados “quilombos” o “cumbes” en otras partes de América, los palenques eran asentamientos de esclavos fugados –situados en lugares inhóspitos o de difícil acceso– que buscaban liberarse del dominio de sus amos y vivir como libres (Price, 1981).

de la segunda fundación del pueblo, denominado San Lorenzo de Cerralvo, tema en general poco abordado por la historiografía. El autor reseña las conflictivas relaciones del pueblo de ex cimarrones con la cercana villa de Córdoba y destaca la voluntad de los negros en cumplir los sucesivos acuerdos alcanzados con el Virrey, lo cual nos habla de lazos de dependencia directa con la Corona. Uno de los puntos centrales de esta concordia era el compromiso de los antiguos esclavos ya asentados en el pueblo de colaborar con las autoridades virreinales y de pueblos vecinos en la captura de nuevos cimarrones. En un detallado cuadro, el autor sintetiza las características y los resultados de estas expediciones de captura de esclavos fugitivos comandadas por militares y alcaldes de la villa de Córdoba y de San Lorenzo de Cerralvo. Las mismas estaban compuestas por tropas de negros libres asentados en este último pueblo. Otras obligaciones impuestas a esta comunidad eran las de servir de escolta a las caravanas que trasladaban la plata de un punto a otro y ofrecer hombres como fuerza militar ante cualquier otra amenaza como la de los piratas. Los antiguos cimarrones —otrora enemigos de los españoles— habrían devenido así en vecinos leales a la corona.²

El séptimo capítulo inicia la parte titulada “Conjuraciones” y aborda ciertos intentos de rebelión protagonizados por los esclavos urbanos de la ciudad de México durante el siglo XVI y principios del XVII. El fenómeno de la esclavitud urbana ha sido extensamente abordado por muchas generaciones de historiadores, aunque no así las formas de resistencia protagonizadas por los esclavos que habitaban las ciudades hispanoamericanas. El temor y alarma de las elites ante posibles conjuraciones de esclavos se revela en las desmedidas y enérgicas medidas represivas tomadas ante el descubrimiento de conspiraciones de distinto tipo. Así un intento de rebelión de esclavos en 1537 culminó con el descuartizamiento de dos docenas de negros, pena que en la memoria histórica se asocia exclusivamente con el martirio sufrido por José Gabriel Condorcanqui —más conocido como Túpac Amaru— y su familia siglos después. La severidad de la reacción es explicada por la sospecha de que los sublevados habían forjado una alianza con los indígenas en pos de cumplir sus propósitos. El capítulo se completa con la descripción de un “alboroto” en 1574 y de un acontecimiento de 1609, rico en detalles, el cual consistió en la coronación de

un “rey negro”. A través de una minuciosa reconstrucción de este último suceso, el lector puede vislumbrar muchas de las particularidades de la esclavitud a jornal tan común en muchas ciudades hispanoamericanas. Esclavos que se juntaban —sin la vigilancia de sus amos— con otros negros y mulatos libres en reuniones de ocio donde se realizaban bailes y corría abundante comida y bebida. En estas fiestas no era infrecuente que los negros eligieran reyes y repartieran otros títulos de nobleza entre los presentes, como ocurrió efectivamente en 1609 en un encuentro de este tipo protagonizado por esclavos cuyos amos se contaban entre la gente más notable y adinerada de la ciudad. El hecho motivó una pesquisa por parte de la justicia de la época y gracias a los testimonios de las decenas de testigos es que el autor se aproxima a algunas de las costumbres de los esclavos de la ciudad. Así muestra como muchas de las disposiciones que coartaban la libertad de los esclavos no se cumplían en la práctica. El poder y prestigio de los amos de los esclavos fue un factor que influyó para que el fiscal quedara aislado en su intento de imponer un castigo ejemplar a estos siervos que se animaban a emular el ceremonial propio de la sociedad que los había colocado en el último peldaño de la escala social.

El último capítulo del libro examina una conspiración de esclavos ocurrida en 1612 en la ciudad de México. Según un minucioso estudio a partir de tres versiones distintas sobre el mismo hecho, el autor asevera que el complot se habría tramado en el seno de una cofradía de negros y mulatos. Conscientes estos de su superioridad numérica frente a los blancos, habrían planeado ejecutar a todos los españoles en venganza por el fallecimiento de una esclava producto de los maltratos de su amo. Enteradas las autoridades de la conjura, finalmente, apresaron a quienes estaban sindicados como líderes. La condena impuesta sobre los sospechosos consistió en el ahorcamiento de treinta y cinco negros y mulatos, la exhibición de sus cabezas y el descuartizamiento de seis cuerpos. El resto de los participantes sufrieron destierro perpetuo. Además, a modo preventivo, se reforzó la guarnición militar de la ciudad y la Real Audiencia prohibió las reuniones de esclavos, la formación de cofradías, tomando además otras medidas restrictivas de su libertad de circulación.

La obra culmina con unas breves conclusiones donde se sintetizan, a modo de resumen, algunas de las conclusiones de los capítulos. La economía que los españoles implantaron en Nueva España necesitó en forma urgente desde sus inicios de mano de obra esclava. Pero la resistencia tanto individual como colectiva que desplegaron los esclavos en ocasiones amenazó

² Esta capacidad de la corona para forjar alianzas con grupos de negros libres, indígenas y otros sectores locales no era excepcional y estaba motivada por la incapacidad de defender al imperio de amenazas internas y externas solo en base al ejército regular español. Un caso paradigmático fue el de los guaraníes que habitaban las misiones jesuitas. Convertidos en milicias del rey, se movilizaron en numerosas ocasiones para auxiliar a las autoridades coloniales en casos de rebeliones, y también protagonizaron incursiones contra indígenas no reducidos como los Charrúas (Quarleri, 2009).

con poner en crisis todo el sistema. De allí derivaba la permanente psicosis de las autoridades y de los propietarios de minas, haciendas y obrajes así como también la oscilación entre la más pura represión y la negociación con los esclavos fugitivos.

Sin dudas, estamos ante una investigación que va a dar que hablar en numerosos sentidos. El autor dialoga, y en ocasiones discute, fructíferamente con la historiografía académica específica sobre el tema y con los imaginarios sociales más extendidos presentes en obras de literatura y murales. El sólido trabajo de archivo y la variedad de fuentes consultadas dan consistencia y solidez a muchas de las conclusiones vertidas en el trabajo. Otros puntos a favor son la inclusión de los ya mencionados anexos documentales al final de cada capítulo y una prosa ágil y llevadera que a las claras nos habla de una intención por parte del autor de alcanzar un público más amplio con su relato. Esto último puede verse hasta en el título escogido de la obra. Hay dos cuestiones que disparan algunos interrogantes en el autor de esta reseña. Tardieu describe la trayectoria de los esclavos que acompañaban a los conquistadores como de “completa adhesión a los esquemas mentales de los conquistadores”, lo cual estaría evidenciando una clara “alienación” por parte de estos sujetos. Creemos que también podría pensarse estas sorprendentes y excepcionales historias personales como estrategias y prácticas plenamente conscientes de resistencia/adaptación al medio en el cual les tocó vivir y no como desviaciones de un supuesto “deber ser” en su condición de africanos esclavizados. Por otra parte, los lectores no encontraran menciones a una práctica de resistencia que los esclavos hispanoamericanos desplegaron en

numerosas épocas y regiones de Hispanoamérica: el recurso a la justicia. No sabemos si el silencio de la obra en este punto se debe a que esta no era una práctica frecuente en la época colonial temprana en el espacio estudiado, o si no se han conservado las fuentes que permitan estudiar este tema. O si el autor, simplemente, decidió no ahondar en esta forma específica de resistencia en caso de haber existido. Estos señalamientos de ningún modo socavan las virtudes de un libro tan profundo y enriquecedor como lo es *Resistencia de los negros....* Esta investigación se enmarca en una profunda renovación de los estudios afrohispanoamericanos a nivel continental que tiende a contrarrestar la noción imperante durante décadas que minusvaloró la presencia y contribución africana en las sociedades del Nuevo Mundo. Con la obra de Tardieu ahora no solo sabemos que en la etapa temprano-colonial los negros y mulatos africanos presentes en el virreinato de Nueva España fueron numerosos, sino que resistieron de múltiples formas a la opresión de la que eran víctimas. Incluso, algunas veces, exitosamente.

Bibliografía

- » Klein, H. (1986). *La esclavitud africana en América Latina y el Caribe*. Madrid: Alianza.
- » Price, R. (comp.) (1981). *Sociedades cimarronas. Comunidades esclavas rebeldes en las Américas*. México: Siglo Veintiuno.
- » Quarleri, L. (2009). *Rebelión y guerra en las fronteras del Plata. Guaraníes, jesuitas e imperios coloniales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.